

frente libertario

Madrid

16 de octubre
de 1937

NUM. 319

editado por el comité de defensa confederal -:- región centro

FUGITIVOS

Asturias nos señala el camino a seguir contra ellos

Recientemente han huido de Asturias, lo que equivale a desertar frente al enemigo e incurrir, por consiguiente, en pena de muerte, una parte de los miembros de los Tribunales Populares de aquella heroica región. Son gentes que no han tenido el valor necesario para arrostrar la hora difícil que se vive en Asturias; son gente que han preferido la huida a la lucha, la vergüenza y la cobardía al sacrificio y al heroísmo. Son gentes que sólo merecen el desprecio de los heroicos trabajadores asturianos que sonríen ante la muerte y no retroceden jamás en el cumplimiento de sus deberes, por dolorosos que sean los sacrificios que esos deberes les impongan.

También para ellos han tenido los trabajadores asturianos la palabra y la actitud justa. ¡Quienes huyan de Asturias no tendrán sitio en la España leal! ¡Así han hablado los luchadores asturianos y así deben hablar todos los antifascistas y todos los revolucionarios auténticamente tales de la España proletaria!

Pero estas palabras deben convertirse en regla general, en regla unánime, dentro de la cual no quepan las excepciones, sean quienes fueren los que pretendieran establecer la excepción a su

favor. Por muy altos que se encuentren los que rehuyan el puesto de combate que en realidad les corresponde, deben también someterse a esta regla general y heroica, y para ellos no debe haber sitio en la España leal. Queda la alternativa establecida en estos términos: o se está en el sitio de peligro que a todos y a cada uno nos ha cabido en suerte, o se renuncia para siempre a toda clase de prerrogativas y derechos dentro de la España proletaria. Esa es la alternativa. Y lo que no puede hacerse es continuar nadando entre dos aguas, hacerse pasar por héroes ante las masas, cuando en realidad se está lejos del sitio que propiamente nos corresponde. Eso no pasa de ser una granjería que condenan y condenaron todos los trabajadores españoles; pero con más razón que nadie los propios trabajadores asturianos.

No señalamos a nadie concretamente; pero todos los que nos lean deben hacer su examen de conciencia y ver si en realidad se encuentran en el sitio exacto que la guerra y la revolución les han señalado. Y si no están en ese sitio, que renuncien a España y que renuncien a continuar influyendo entre los trabajadores españoles.

Visado por la censura

LA JUSTICIA Y LA AMBICION

NINGUN PAIS PUEDE CONDICIONAR SU APOYO A LA JUSTICIA EN LA PREVIA ADMISION DE LA INJUSTICIA MISMA.

En los medios internacionales palpita cada vez con más actualidad la cuestión española. En los últimos tiempos parece dispuesta a actuar la opinión internacional; parece que las democracias occidentales y capitalistas están dispuestas a cerrar el paso a las ambiciones de los rebeldes y de sus aliados extranjeros. Ahora bien, ¿hasta qué punto proceden lealmente, sinceramente? Esto es lo que no aparece demasiado claro.

En primer lugar se advierte la misma o parecida lenidad de tiempos pasados; todo, o casi todo, se reduce a conversaciones y acuerdos previos; pero los acuerdos definitivos no llegan; y entre los acuerdos definitivos que se vislumbran, existen dos que sólo en la ambición pueden encontrar su raíz. Y que son en sí mismos una injusticia más, que lejos de favorecer al pueblo español, al legítimo Gobierno de la República, constituyen una insidia más, una injusticia más que añadir a las muchas que llevamos sufridas.

Se apunta la posibilidad del reconocimiento de la beligerancia a los rebeldes. Esto, que en el orden práctico no varía para nada la impostación del problema, en el orden moral, es una ofensa que no podemos tolerar y que está reñida con las más elementales exigencias de la justicia.

EL PROXIMO DOMINGO 17, HABLARA EN MADRID

EL SECRETARIO GENERAL DE LA U. G. T.

Francisco Largo Caballero

A las diez de la mañana, en

los cines Pardiñas e Ideal

DICTADURA

El eco sombrío de esta palabra, cargada de presagios fatales, se repite insistentemente en todos los trabajadores de la España leal; desde hace algún tiempo, muchas son las mentes por las que pasa la idea de que en el territorio leal hay quien labora por una dictadura; y en esta época en que todos los corazones vibran inflamados en ansias de libertad, el contenido de esa palabra es más sombrío, más preñado de amenazas que nunca.

¡Dictadura...! ¡Dictadura...! ¿De quién pretende llevarse a la realidad, convertir en reali-

dad de la España que lucha contra los rebeldes! ¡Ay de los insensatos que se dejan hacer palanca de sus ambiciones desmesuradas!

Esos hombres que hoy piensan en una dictadura — naturalmente, una dictadura suya y de sus amigos —, no se dan cuenta de que sus intentos serían violentamente arrasados en el momento mismo de nacer. ¿Es que no han comprendido que el pueblo español lucha por su libertad? ¿Es que no comprenden que, de la misma manera que los hombres mueren por el caso al fascismo, mueren

DICTADURA ES UNA PALABRA ODIOSA. Y, SIN EMBARGO, SU MELODIA ENCANTA A LOS AMBICIOSOS Y A LOS AMORALES.

IGUAL OCURRE CON LAS SERPIENTES: SOLO QUEDAN EXTASIADAS ANTE CIERTAS MELODIAS.

rían también, y lucharían aun con más coraje, para impedir cualquier otra dictadura que pretendiera imponerse desde sus mismas filas?

Quienes piensan en una dictadura, no se dan cuenta de que firmarían, al implantarla, su propia sentencia de muerte. Sentencia de muerte segura e inexorable, porque los trabajadores españoles, los mismos que segaron en flor la sublevación en Madrid, en Barcelona y en tantas y tantas ciudades españolas, se levantarían como un solo hombre contra ellos; y la indignación palpitante de las multitudes irritadas, no reconocería poderes ni fronteras, como no reconoció fronteras ni poderes en los días entusiasmados de julio.

No queda sitio en la España leal para una dictadura; no queda para los dictadores más tierra que la destinada a cubrir sus cuerpos exánimes; sea cual sea su tendencia, sea cual fuere su poder, su derrumbamiento sería inmediato y rotundo. Pero quizás en su caída arrastrarían también a posiciones irremediables a toda la causa antifascista española por la que tantos hombres han inmolido sus vidas generosas; con lo cual un doble estigma de traición y de vileza caería sobre quienes intentarían burlar los anhelos de libertad del pueblo español, del pueblo antifascista.

La situación es bien clara; las posiciones, bien definidas. Quien pretenda jugar a dictador, se traiciona a sí mismo, traiciona a sus pasadas promesas; pero traiciona, sobre todo, a los trabajadores revolucionarios, al pueblo español, que todo lo sacrifica por la libertad y la paz. Y las traiciones no prosperan dentro de un ambiente vigilante como es el de la España leal, despierta a todas las insinuaciones y perparada para afrontar todos los avatares.

REFLEXIONES DE UN ESCEPTICO

¿De qué le vale al hombre ser el rey de la creación, si su decantada soberanía sólo le sirve para aniquilarse a sí mismo?

Conozco a muchas gentes que son felices porque no piensan. Y no piensan porque no saben o no quieren saber nada de nada. Y, si lo saben y se dan cuenta perfecta de las cosas y, a pesar de ello, siguen, al parecer, felices, es que son unos hipócritas, a quienes cuadra bien la expresión de Tayllorand cuando dijo que la palabra era el velo que ocultaba el pensamiento del hombre. Y si, a pesar de su sabiduría, creen honradamente que este mundo es el mejor de los mundos, francamente declaro que envidio la irracionalidad del resto de los animales que pueblan el Planeta que habitamos y que, a pesar de ser tan grande, comparado con el tabuco en que vivimos en familia, es tan pequeño, que no caben en él los egoísmos de esta gusanera andante que se llama «hombre civilizado».

Felipe II, el monarca más poderoso del siglo XVI, era una llaga pustulosa vestida de seda y adornada con oropel; nada más morir, pululaban los gusanos en su cadáver. Y, a pesar de disponer de tanta fuerza bruta en forma de ejércitos, de la Ciencia en los sabios y de la mitad geográfica de la Tierra, ni pudo evitar la muerte ni le hizo falta más que siete metros cuadrados de tierra o de superficie. Todo le sobró al gran egoísta, al gran soberbio y al gran rencoroso fanático del Poder. ¡Qué feliz y qué poética es la existencia sencilla de una mariposa al lado del tormento continuo del hombre poderoso!

Y así todos o la mayoría de los hombres; cada uno dentro de «sus» posibilidades.

«Cuanto más conozco al hombre, más quiero a mi perro», decía Pascal. ¡Y qué razón tenía!

El hombre es el más cobarde, infeliz y miserable de los animales. Si no fuera por su «don», su facultad de raciocinio, con relación al resto de la fauna, sólo podría codearse con el sapo. Pero, ¡ah!, es el rey de la Creación.

Y bien: en cuanto empezó a razonar, lo primero que se le ocurrió fué inventar su yo, su egoísmo.

Visado por la censura

mo, y luego el arma para imponerlo. Perfeccionó el arma para destrozar a sus semejantes y los demás animales, en vez de inventar el medio de vivir feliz en compañía de ellos. Pero evoluciona; lentamente, pero evoluciona. Es tan bestia y tan cobarde, que, en cuanto mata a traición al primer semejante u otro animal quizás más noble que él, crea a Dios. Sigue sin dar la cara frente al león o al paquidermo; al rayo y al hermano noble, sincero e igual; pero ya sabe articular algunos sonidos guturales y hace saber a su compañera y prole que es el «amo», el «jefe». Luego, a la tribu, que es el hechicero, sacerdote, príncipe, rey, Papa y el Todopoderoso en una palabra.

Ha llegado a dominar por reflexión a la misma Naturaleza. Es, sin hipérbole, el dueño del Universo, toda vez que domina el espacio, el fondo y la superficie. Pero... ¿de qué le sirve todo esto si no sabe ser dueño de sí mismo? ¿De qué le sirve su «civilización» si no es capaz de vivir en paz con sus semejantes? ¿De qué le sirve su sabiduría si no sabe ser feliz? ¿De qué su cultura si no es capaz de vencer su egoísmo y su fanatismo? Porque, para que sea infeliz del todo y para que no le falte ningún motivo para su monumental estupidez y maldad, es fanático: cree en Dios o en el Estado, que es la continuación de Dios o una y la misma cosa. Y el fanático no razora: obra poseído por el terror supersticioso.

Así, pues, ¿de qué le vale ser poderoso si no es capaz de vencer al miedo de que está poseído? Porque todo lo que ha inventado e inventa para destruirse mutuamente no es nada más que el producto, la resultante, del terror pánico que derrocha el infeliz reo por imprudencia temeraria.

Mientras el hombre no sea capaz de vencer el egoísmo y el miedo que tiene sobre sí, es el más desgraciado de los animales. Con la agravante de que con su «civilización» es el peor criminal que anda suelto y autor de todas las calamidades que pesan sobre la Humanidad. Y la mayor desgracia que tiene el ser humano es el «don» de la palabra.

El hombre supercivilizado, al lado del león o del toro, es una repugnante sabandija. Y, si no, fíjase en lo que está ocurriendo de un año a esta parte con los hombres-dioses que se empeñan en aniquilarse a sí mismos. No citamos nombres, Comités, centros oficiales, cargos, etcétera, porque, como ya he dicho anteriormente, la necedad y la estupidez humana es tan grande, la egolatría es tan soberana, que... ¡ni la verdad dejan decir!

¡Hombres necios y ensoberbecidos: hasta de la verdad tenéis miedo!

¡Si sois cobardes y desprecia-

Ayuntamiento de Madrid